

TEXTO Y FOTOS



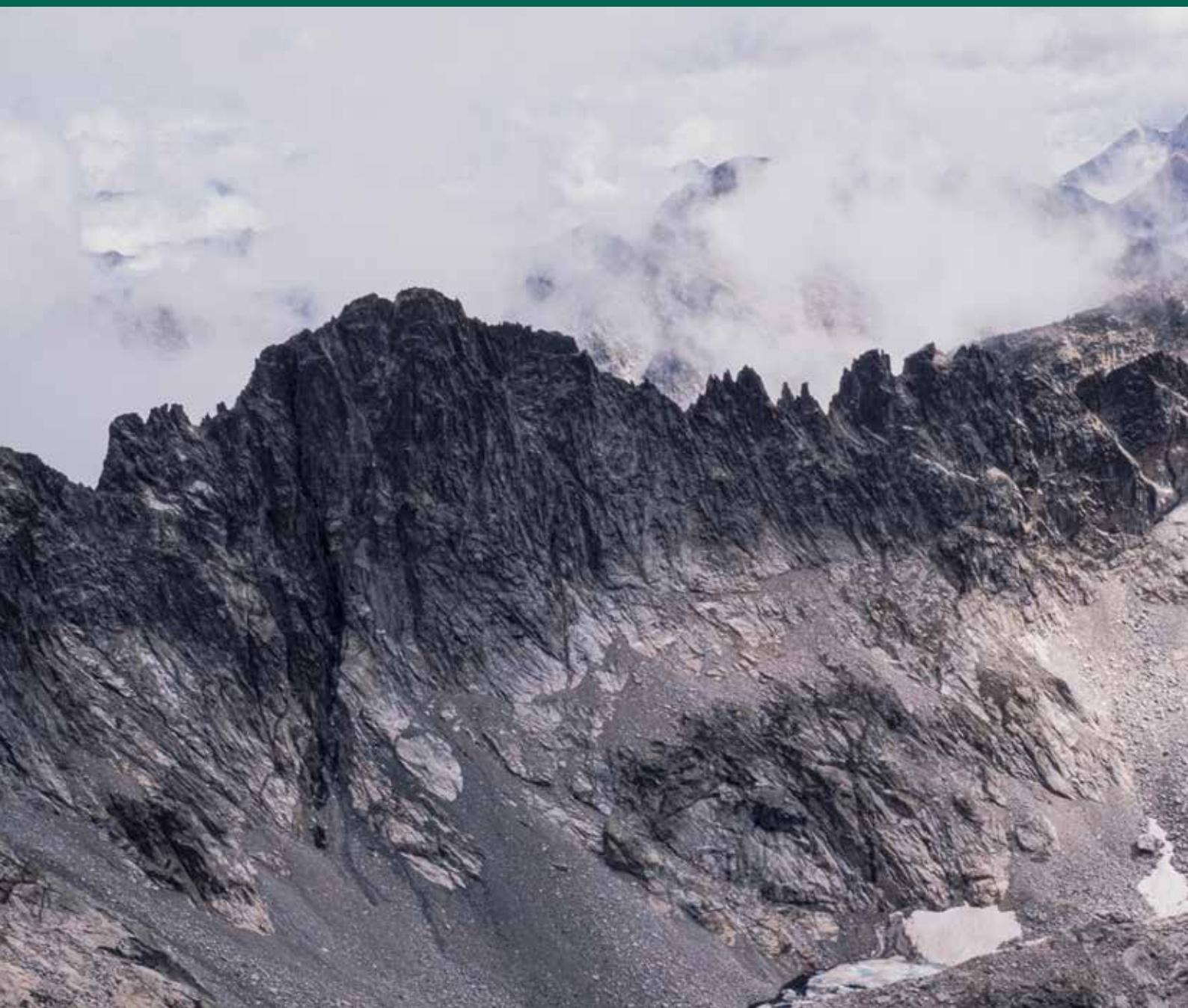
Gregorio Ariz
(Iruña, 1944)

Montañero, fotógrafo y escritor de temas de montaña. Ha desarrollado su actividad en Pirineos, Alpes, Hoggar, Groenlandia, Kilimanjaro, Andes, Patagonia, Hindu Kush, Karakorum, Himalaya, Cáucaso, Nueva Zelanda, Tibet, Kamchatka, etc.

LA CRESTA DEL DIABLO

En recuerdo de Iñaki y Mari que ya no están entre nosotros

Aquel puente a mitades de agosto de 1967 contenía un proyecto ambicioso, como corresponde a los tiempos de juventud, en donde los sueños eran brillantes. El plan consistía en subir al Balaitous por la arista NO, seguir por la cresta de Costerillou y escalar también la cresta del Diablo. Era y sigue siendo uno de los mejores recorridos de escalada de roca alrededor del primer tresmil por este lado occidental de los Pirineos.



Desde la presa de La Sarra y tomando el desvío adecuado, alcanzamos los lagos de Arriel. Luego, por un alto collado, nos pasamos al otro lado de la frontera. La travesía a media ladera por pedreras y neveros sin camino, nos llevó al pie de la Aguja de Lamathe, donde arranca la arista más bella y elegante que conduce al Balaitous, también denominado Tuca Moros y Vath Laitós. Nos encordamos y comenzamos la escalada por una vira ascendente con granito de excelente calidad y pasos que no superan el tercer grado. A pesar de que la dificultad es moderada, nos movíamos despacio, porque éramos tres con nuestras mochilas, comida para tres días, sacos de dormir y material pesado de hierro.

Cuando llegamos a un collado bien definido en plena arista, debajo de la imponente Aguja de Lamathe, encontramos un lugar muy adecuado para vivaquear y decidimos dar por concluida la actividad del día. Teníamos cena abundante regada con vino de la bota, que siempre estaba en el fondo de la mochila como compañera inseparable. Nuestro balcón tenía vistas de privilegio para

Cresta del Diablo



Concierto en la cresta

disfrutar del atardecer, con sus colores palideciendo a medida que la luz del día se iba apagando. El frío nos empujó a colocarnos todas las prendas de abrigo, mientras sentíamos la dureza del suelo en la losa granítica que habíamos limpiado de piedras para que no nos incordiaran en los riñones.

Era 13 de agosto y poco podríamos imaginar que esa noche se iba a producir un gran terremoto cuyo epicentro no estaba muy lejos de nosotros. Apenas duró unos segundos, pero la intensidad de 5,8 grados en la escala de Richer, se dejó sentir en 150 000 km², alrededor de su epicentro en Olorón, por todo el SO de Francia y, al otro lado del Pirineo, en Roncal, Aragón y la costa guipuzcoana. Muchas casas se vinieron abajo en Zuberoa pero la peor parte se la llevó el pueblo de Arette, en donde se derrumbaron el 95% de los edificios, murió una anciana de 80 años y resultaron heridas centenares de personas.

Nuestro suelo no se había movido, a pesar de haber dormido sin colchoneta, y de aquel suceso nos enteraríamos cuando llegamos de nuevo al valle, dos días más tarde. Cuando ya se hizo de

PIRINEOS

día, rellenamos las mochilas que habíamos usado para proteger los pies y desayunamos lo antes posible. La continuación de la arista no ofrecía dudas y aún teníamos los dedos fríos cuando llegamos al paso más delicado, la famosa placa Fauchay, denominado así en honor al primero que la subió.

Iñaki Tapia, que por aquel entonces apodábamos el "bragas", fue el encargado de superar aquel paso de cuarto grado superior, mientras que Victorino Echauri le aseguraba y yo tomaba las fotos correspondientes. Luego ya no hubo más dificultades y con bastante presteza terminamos alcanzando la cima del Balaitous. La primera de las tres aristas estaba hecha y, sin perder mucho tiempo, descendimos para encontrar el inicio de la cresta de Costerillou.

La primera Torre ofrecía algunos pasos difíciles, pero eran magníficos con roca cincelada por vientos milenarios. Estábamos

Iñaki Tapia y Victorino Echauri



absortos, disfrutando despacio cada movimiento, pero enseguida nos dimos cuenta de que nuestra progresión era demasiado lenta y que recorrer las tres aristas en el tiempo previsto no iba a ser posible. Así que, después de escalar las primeras agujas y poco antes de llegar a la cima de Soulano, emprendimos la bajada con un par de rápeles y una vira descendente que nos depositó al pie de las paredes. Luego, ya en el lago represado de Respomuso, tomamos el cómodo camino para retornar a la presa de La Sarra y volver a casa.



Aguja de Lamathe

REGRESO A LAS CRESTAS

El tiempo pasó rápido, pero como el proyecto había quedado inacabado, un buen día regresé con mi hermano José Ignacio, que se había convertido en mi compañero habitual de cordada. Omitimos la arista NO y subimos directamente al Balaitous por la Brecha de la Tour, para ir de nuevo a las crestas. Los dedos agarraron con fuerza las presas que conducen a la Torre de Costerillou y cuando llegaba a la cima, después del último paso difícil, los dedos

tropezaron con algo extraño. No era una piedra suelta, sino un martillo que alguien había dejado olvidado, junto a la clavija de rapelar. Aquel Charlet Moser completamente nuevo sería, a partir de aquel momento, el instrumento valioso para meter y sacar las clavijas que tan trabajosamente poníamos en las escaladas. La vieja maza, que había hecho yo mismo en la fragua con un trozo de acero, fue a parar a la mochila y lo que acababa de encontrar fue puesto en el costado del pantalón que tenía un alojamiento adecuado. En aquel tiempo, los cinturones de seguridad no se



Andoni, Pello, Mari y Pili

habían inventado y nos atábamos la cuerda directamente en la cintura. Así que lo más importante era no caerse.

Tras el pequeño rappel ascendimos las agujas siguientes, que ya tienen menor dificultad, pasando por la Aguja d'Ussel y el Pico Central, para llegar a la importante cima de Soulano. Íbamos siguiendo las instrucciones de la Guía Ollivier, que nos conducía por los pasos de menor dificultad aunque, eso sí, con ambiente aéreo, ya que por los dos lados de la cresta el vacío colgaba bastantes metros debajo de nosotros.

El tiempo se fue estropeando cuando la luz del día anunciaba su terminación. Al pie del Soulano encontramos un buen emplazamiento para vivaquear y no dudamos en tomarlo como nuestro aposento para las horas nocturnas. Cenamos pronto, porque la pinta que estaban tomando las nubes nos anunciaba una noche inquietante. En una terraza un poco alejada colocamos todas las clavijas y elementos metálicos por si acaso. Luego el viento nos fue trayendo el típico olor a ozono que precede a las tormentas y las primeras gotas se adelantaron al relámpago seguido de un potente trueno. Nuestro lugar era el más propicio para la recepción de los rayos. Todo un mundo rocoso lleno de agujas, que eran como pararrayos en los que abundaban las señales carbonizadas de los impactos. Yo tenía una tela de plástico que solía llevar en la mochila y con ella nos tapamos los dos muy juntos, sentados en el suelo. La luz de cada rayo, acompañado de su trueno, producía un fuerte cosquilleo que recorría todo nuestro cuerpo, ya que explotaba allí mismo zarandeándonos. Las piedras del granizo muy compacto golpeaban sin piedad nuestro plástico sin llegar a perforarlo. Estábamos muy intranquilos, pero nada podíamos hacer más que esperar la terminación del concierto pirotécnico. Por

suerte, en una hora toda aquella furia se fue calmando y, aunque siguió lloviendo bastante rato, su final aportó una paz silenciosa.

Cuando amaneció el cielo estaba limpio y todo anunciaba una jornada radiante. La famosa cresta del Diablo, recorrida por primera vez en los años treinta, estaba allí delante para nosotros dos solos, con sus nombres llenos del terror de los infiernos: los Tridentes, los Cuernos del Diablo, la Punta Lucifer, el Canino, la Meseta de los Diablos, etc. Yo no sé a quién se le ocurrió tan macabra idea (sin duda de influencia religiosa), cuando estábamos delante de un mundo labrado por la naturaleza con delicadeza exquisita, un bordado de puntillas a casi tres mil metros de altura, bien cerca del cielo, en donde algunas nubes de algodón adornaban las fotos que, con entusiasmo desbordante, estaba sacando en cada rincón de la escalada.

"A ver, José Ignacio, destrepa un poco y repite el paso porque esta toma es de premio y vas a salir en las portadas de las revistas de montaña" – le decía así, varias veces, con las protestas consabidas, siguiendo la escalada entre viras, repisas y cimas puntiagudas que contenían un granito salvaje, en el que daba gusto poner los dedos. De vez en cuando colocaba un filtro color amarillo a rosca sobre el objetivo para acentuar los contornos, calculando con detenimiento la apertura del obturador y la velocidad de disparo. Todo eso había que hacerlo a ojo, porque aquella cámara analógica no tenía fotómetro y además no sabía como saldrían las tomas, hasta que el carrito fuera revelado en la cámara oscura del laboratorio.

Después de la Punta Proserpina, aún subimos al Canino del Diablo y, en su brecha, decidimos bajar por la canal sin terminar en la cima de Cristales, que marca el final de la cresta. En ese momento,

al tomar las últimas fotos del rollo, pillando la fantasía dibujada sobre el cielo como final apoteósico, el disgusto se hizo patente en mi rostro. El marcador había pasado por los números que indicaban su terminación. La palanca manual seguía cargando la cámara con los números 37, 38, 39..., lo que suponía un error, de no ser que aquel rollo tuviera propina. Pero no, por lo visto no había enganchado bien el carrete, el rollo no se había movido del principio y por lo tanto no tenía dentro de la cámara ninguna de aquellas supuestas magníficas fotos.

Mi hermano encontró sobre la nieve unas gafas de sol, pero ya no nos hablamos en todo el camino de regreso, malhumorados por el contratiempo, a pesar de que habíamos disfrutado en abundancia con la escalada.

CON LA MUSICA AL MONTE

Por aquel tiempo era frecuente hacer los cursillos de la ENAM de Alta Montaña en Piedrafitra, para escalar el Balaitous por alguna de sus vías clásicas. A la cresta del Diablo no se iba porque era un poco larga para ir con cursillistas. El refugio de Respomuso no estaba hecho, aunque todos los años pagábamos un suplemento al federarnos para tal fin. Estaba el pequeño refugio del Ibón de las Ranas, que tenía el nombre rimbombante de Rey Alfonso XIII, pero era pequeño y en situación cochambrosa. Por eso parábamos cerca de la Presa en donde aún quedaban barracones medio en ruinas, donde se habían alojado los presos de la guerra que trabajaron en su construcción y otros edificios menores que habían albergado a los ingenieros de la obra. Allí nos solíamos instalar para cenar y dormir.

Para ambientar aquellos atardeceres, en algunas ocasiones subíamos con los instrumentos musicales atados a las mochilas y la juerga que se montaba con los dúos de clarinete y trompeta se entremezclaba con las jotas vibrantes de Juanjo Cía y Fitero después de cenar. Todo el mundo cantaba y, antes de meternos en los sacos, el jolgorio estaba garantizado. Iñaki (el bragacillas), en un rincón, no solía intervenir y por eso en una ocasión todo el mundo coreaba *"que cante el bragas, que cante el bragas"*. Entonces, unos maños que teníamos de vecinos vinieron asomándose a la puerta con curiosidad, porque estaban entendiendo *"que cante en bragas"* y, como también había cursillistas femininas, querían presenciar el espectáculo. El buen ambiente y la amistad mezclaban la montaña con la alegría.

Mari Abrego tenía un poco de envidia y, por fin, un año José Ignacio le regaló un trombón de varas de segunda mano. Solo sabía hacerlo sonar emitiendo ruidos, pero conseguía llevar un ritmo regularmente acompasado, que no iba mal para el conjunto de la orquesta. Aquel año, la idea solo se les podía ocurrir a semejante pareja y con los instrumentos se fueron a escalar la cresta del Diablo, con las varas del trombón asomando por encima de la mochila. Cuando menos lo esperábamos, mientras escalábamos la vía Ollivier del Balaitous, una diana sanferminera comenzó a sonar. En uno de los Cuernos del Diablo, aquella pareja de músicos ofrecía su concierto insólito e irrepetible.

Entre los restos de las obras y junto a una cantera, encontramos un motor que tenía buena pinta. Pesaba unos 25 kg, pero Javierito Aldaya lo ató a su mochila y lo bajó hasta la presa de La Sarra. Luego, junto al Chopo de Bulnes, en su huerta de la Mag-

dalena en Pamplona, lo puso en marcha y con una moto bomba, sirvió durante bastantes años para sacar agua del río y regar así el terreno lleno de verduras. Ahora, cincuenta años después, siempre que paso por la orilla del Arga, me paro junto al Chopo que sigue vivo, para recordar aquel amigo que nos esperaba con una lechuga en la cima del Picu Urriellu, como premio por escalar la cara Oeste.

ESPECTRO DE BROCKEN

Quedaba pendiente el Pico Cristales de todo el proyecto de *Las Crestas* y un buen día junto con Pili, mi fiel compañera de vida, volvimos por Piedrafitra para ascenderlo. La sorpresa llegó muy cerca de su cima, cuando las nieblas cabalgaban por la cresta del Diablo impidiéndonos su visión. En el momento más inesperado, apareció repentinamente un círculo de colores rodeando nuestras figuras. El sol, a nuestra espalda, estaba mandando sobre la niebla una silueta que era la de nuestros propios cuerpos.

Había leído algo sobre este fenómeno meteorológico, pero nunca había tenido la suerte de contemplarlo. Con nervios contenidos, saqué de la mochila la cámara de fotos para guardarme aquel tesoro con la mayor rapidez posible. Disparé un par de veces, antes de que desapareciera de nuestra vista. Esta vez sí, la pesada Brónica de 4,5x6 estaba cargada con diapositivas y en perfecto funcionamiento. Fue uno de los mayores premios que he recibido en mi vida montañera.

Algunos años más tarde, pude contemplar el mismo espectáculo, mientras tomaba fotos en el Himalaya desde las laderas del Pumori, con los últimos rayos del día adornando el Everest, en un atardecer de colores dorados y la niebla trepando desde el profundo valle. En aquella ocasión, el espectro de Brocken no se mostró tan elegante como el que había disfrutado en mi querida *Cresta del Diablo*.

Espectro de Brocken

